



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 45.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Congregacion, 1, 2.º izquierda.

Se publica todos los domingos.

Valencia 5 Noviembre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

El día de difuntos, por D. Eduardo Atard. —
Una cruz, por Doña Joaquina G. Balmaseda. —
El parque central en Nueva-York. — Praga. — En
la solemne profesion religiosa de la señorita Doña
Mercedes Labraña, en nombre de su hermana,
(poesía) por Doña Antonia Diaz de Lamarque. —
Las alas, (poesía) por D. Teodoro Llorente. — Flo-
res secas, (romance) por D. Rafael Atard. — La
caridad, (poesía) por D. Dámaso Delgado Lopez.
— Un drama en alta mar: Novela original, por
D. Salvador María de Fábregues, (continuacion).
— Solucion al geroglífico anterior.

Láminas. Parque central en Nueva-York.
— Puente del Rey, en Praga.

EL DIA DE DIFUNTOS.

VALENCIA.—1865.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en el mar
Que es el morir.... (1)

Y ya se deslice el rio mansa y tranquila-
mente sobre blando lecho de arena, entre
hermosas y floridas riberas; ya corra presuroso
entre áridas rocas, el agua pasa; pasa, pasa
y va á dar en la mar que es el morir.

El hombre del mundo rey,
Siervo de la tierra vive;
Dicta á la tierra la ley:
De la nada la recibe (2).

(1) Jorge Manrique.
(2) Hartzenbusch.

Quando una flor, una hoja, ó una rama,
de la planta ó del árbol desprendidas, pasan
sobre la faz del tranquilo rio, acaso recuerda
el alma ese incesante correr del rio de la vida
que lleva, como sin sentir, séres queridos,
que van á dar en la mar...

Quando súbita avenida, con espumosas,
potentes ondas, avasalla, destruye y arrastra
cuanto á su paso encuentra, entonces aun
nuestras vidas son los rios; pero rios que re-
tratan las epidemias, que presentan aterradora,
horrible, la imágen de la muerte....

¡Qué triste y doloroso año para Valencia!
¡Qué terrible riada!

¡Cuánta angustia, cuánta pérdida, cuánto
llanto!

¡No es el morir, no: no son el perder séres
queridos, el mayor temor y la afliccion ma-
yores!

Es el modo de morir: es el morir al mis-
mo tiempo que otros muchos: es el tener que
suspender el llanto por los muertos queridos;
tener que prescindir súbitamente de su memo-
ria desde el instante mismo que dejan de ser,
para atender al cuidado de los que aun viven,
de los que aun peligran...!

En una comedia de mágia brillantemente
arreglada para el teatro español por un dis-
tinguido paisano y amigo nuestro, hay un jo-
coso episodio que tiene una cruel analogía con
lo que en casi todas las familias se ha repe-
tido durante los tristes dias de la epidemia
pasada.

Un criado mueve entre sus brazos el cuer-

po de su amo, que va disminuyendo de vo-
lúmen hasta irsele entre las manos, al par
que cómicamente esclama: ¡que se vá! ¡que
se vá! ¡que se ha ido!

¡Que se muere! ¡que se muere! ¡que se
ha muerto!

¡Esto es, Dios mio, lo que entre nosotros
se ha estado, durante tres meses largos, repiti-
endo!

¡Esto es lo que acontece aun en muchas
poblaciones!

¡Estar siempre temblando!

Ver al padre, al hermano, y al amigo,
pensar que acaso á las pocas horas no serán
ya: y ante temor tan natural:

A cuantos séres en el alma quiero
¡adios les digo, para siempre adios! (1)

Quizás se nos tache de inoportunos, por
tocar tan pronto las recientes llagas; por re-
cordar tan tristes ideas en tan triste dia.

Pero ni son los dias tristes para cantos
alegres, ni es fácil que en mucho tiempo li-
breemos nuestro camino de la presion que en
él han egercido las circunstancias que recor-
damos.

¡Ojalá todos pensaran y recordaran bas-
tante lo pasado, para que se procurara preve-
nir lo que — ¡Dios no lo quiera! — puede volver
á ser...!

¡Ojalá se tomasen con tiempo medidas
oportunas desde los congresos internacionales,
hasta la modesta pero importante esfera de
los municipios!

(1) Campoamor.

La cuestion del cólera—humillante misterio para la ciencia médica,—pudiera elevarse hasta la altura de una cuestion social.

¡Ojalá, que Valencia no tenga en ningun año mas el día de difuntos, tan crecido número á que tributar las tristes honras!

La piadosa costumbre de visitar los cementerios el día de difuntos, tiene ante nuestros ojos dos faces muy distintas.

Nada mas tierno y respetable que el tributo rendido sobre la tumba del padre y de la madre, de los hijos, de los esposos, de los bienhechores y de los amigos.

Todos los pueblos, todas las religiones, y todas las épocas, han honrado la memoria de los muertos.

Nada mas cruel ni mas impío que el bullicio y la alegría de los que convierten la visita de los cementerios en una fiesta más, en una romería.

Este año, en el año de los muertos, la autoridad ha prohibido en el cementerio la fiesta de los difuntos.

No discutimos sus razones.

Aceptamos sus consecuencias.

Allí donde hubiera habido tan abundantes y justas lágrimas, no ha habido ninguna sonrisa; no se ha oído el santo murmurio de las preces, pero no se ha elevado el profano ruido de los que no oran.

Para los que hubieran ido allí, impulsados por la religion y el amor conyugal, por la ternura filial y el cariño fraternal, pero la gratitud y la amistad, para esos han quedado los templos y el sagrado altar del corazón....

Desde el fondo del corazón consagramos un tristísimo recuerdo: á nuestra hermana idolatrada tras larga y penosa enfermedad, con santa paciencia resistida, muerta en el mundo, viva en la memoria de los suyos, resucitada para nosotros en su querido pequenuelo....

A los jóvenes hermanos, primos nuestros, en la plenitud de la vida, perdidos en brevísimas horas de un mismo día, juntos siempre en vida, juntos en la muerte y en el sepulcro....

Al médico amigo, pundonoroso, que lleno de abnegacion venció á la epidemia salvando mas de una vida, y víctima de su celo, perdió la suya súbitamente dejando en la hofandad sus pobres hijos....

A la joven y hermosa amiga, cuya frente besamos en su infancia, cuyas gracias admiramos en la juventud y cuyas antorchas nupciales, recién encendidas, han conservado la luz para su tumba....

A las hermanas jóvenes, encanto un día de nuestros salones, una tras otra fallecidas arrastrando tras sí al esposo de la última, á quien llora sola en el mundo su madre....

Al venerable anciano y cumplido caballero, cuya lealtad y amable carácter le hicieron apreciar al frente de la Diputacion de la provincia, como en el seno de la familia y en la intimidad de la amistad....

A los jóvenes esposos, que uno tras otro desaparecieron del hogar en que los llaman llorosos sus tiernos hijos....

A tanto pobre que al morir en un hospital tras una vida de trabajo, de resignacion y sufrimiento, no ha podido ver á su lado á la esposa y á los hijos, cuyo recuerdo y cuya hofandad amargó sus últimos momentos...

¡A nuestros hermanos, á nuestros amigos, á nuestros prógimos, á todos los difuntos en su día, consagramos desde el fondo del corazón un tristísimo recuerdo!

Los que como nosotros lloran, como nosotros sufren, sienten y recuerdan, que piensen

Que nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar
Que es el morir....

Y.... ¡Bienaventurados los que duermen el sueño del Señor!

¡Dichosos los que creen!

Para ellos la caridad y la fe, son bálsamo de los dolores, sostén en las amarguras de la vida.

La caridad no es como impiamente se ha dicho, el egoísmo de los ricos.

La caridad es la virtud de las virtudes, es por excelencia la virtud de Dios: virtud que lo mismo pueden poseer los pobres que los ricos; porque la caridad es en su esencia el amor del prógimo.

La fe.

¡Blanca ilusion! ¡Benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un mas allá en el negro panteon.... (1)

EDUARDO ATARD.

UNA CRUZ.

Siempre que es muerto un cristiano
Al golpe de agena mano

Los vivos, que en la infinita
Bondad esperan con fe,
Donde el Hombre muerto fue
Clavan una cruz bendita.

FLORENTINO SANZ.

El hecho que voy á referir no tiene el mérito de la invencion, ni el atractivo de la novedad.

Es un episodio de los infinitos que registra el interminable libro de la vida; una hoja más arrancada del árbol de la humanidad por el huracan de las pasiones y que desdeñan y huellan quizá los indiferentes que siguen su camino!

¡Pobre hoja desprendida del árbol! ¡Ayer con savia, con hermosura, con aroma! ¡Hoy seca y por el suelo! ¡Mañana polvo.... al otro día nada! ¡No quedará de tí ni la memoria!

No os fijéis en estas líneas los que buscáis emociones desconocidas, imágenes nuevas, lances inverosímiles.... Encierran el relato sencillo de una de tantas amarguras como habreis presenciado impasibles; la historia de un sér que como tantos otros mueren olvidados de la sociedad que les ha ido arrancando una á una todas sus ilusiones, todas sus alegrías, hasta que la muerte, mas piadosa que ella, toma para sí lo único que ya les queda, poniendo término á sus sufrimientos: ¡la vida!

Es harto frecuente por desgracia el suceso que voy á referir; pero harto frecuente es encontrar una cruz á la orilla de un camino, y el alma cristiana que con ella tropieza recibe la misma impresion de religioso respeto, y queda reconocida á la mano ignorada que allí la puso para advertir á sus semejantes que uno de sus hermanos pide desde la otra vida un recuerdo envuelto en una oracion!

Ese es el objeto de estas líneas: ellas serán la cruz de madera que exigé á los vivos un recuerdo para el sér que murió en el camino de la vida sin encontrar consuelos, alivio, ni justicia! Por eso damos sencillamente á estas líneas el título que les sirve de objeto.

I.

En una de mis escursiones veraniegas, conocí en una modesta villa rodeada de montañas que parecen defenderla de miradas indiscretas, á una hermosa joven, hija única de unos honrados padres que habian alcanzado la verdadera felicidad que Dios concede á los séres privilegiados: una hija bella y bondadosa, medianos bienes de fortuna y la moderacion en los deseos, base del verdadero bienestar.

Rosalía, digna hija de tales padres, era el tipo de la verdadera doncella cristiana, mo-

desta en su compostura, obediente en el seno de la familia, apasionada en las honestas afectaciones que la rodeaban, capaz de todos los sacrificios sin violencia, mirándolos quizá como el cumplimiento de su deber.

Rosalía era dichosa: á su dicha contribuian sus padres, sus criados, sus amigos, y hasta el que iba á ser su marido. No le faltaba al corazón de Rosalía ni ese benéfico rocío encanto de los primeros años, que se llama amor.

Rosalía amaba á Manuel con toda la ingenuidad de los primeros años y toda la vehemencia de quien en él miraba su presente y su porvenir.

Manuel amaba á Rosalía con la hidalguía de quien sabe estimar la virtud y trata de merecerla.

Aunque el joven no era de allí, hacia años que desempeñaba en aquella villa un destino del gobierno.

Mas de una vez al contemplar aquella familia tan modesta y tan dichosa, se estremeció mi corazón ante la idea de que una nube ocultase el sol de su felicidad: entonces estrechaba á Rosalía entre mis brazos, y un presentimiento extraño me estremecía.

Un día Rosalía fue á verme como de costumbre y su espresion era mas animada, mas alegre.

Yo me habia acostumbrado á leer en su semblante y pregunté á la joven qué nuevo gozo abrigaba su pecho.

—¡Siempre adivina V. mi sentir! me dijo con su natural sencillez. Es verdad, estoy muy contenta, y si V. me quiere lo estaré tambien.

—Veamos, esclamé.

—¿Creia V. que iba yo á pasar siempre mi vida en este desierto? ¡Pues no señora: este invierno espero pagarle su visita en Madrid!

—¡En Madrid! murmuré maquinalmente.

—¡Parece que lo siente V.!

—No por cierto, y deseo que V. me diga el motivo de ese viaje.

—Han propuesto á Manuel una permuta en su destino con un empleado de Madrid de su mismo sueldo y al cual parece que, falto de salud, le conviene respirar el aire puro de estas montañas.

—¿Y acepta?

—¡Pues no! Yo mismo se lo he aconsejado.

A punto estuve de decirle: «corra V., dígame lo contrario si aun es tiempo,» pero el temor de lanzar la primera nube de tristeza sobre aquel corazón tan confiado, me contuvo.

—¿Y marcha V. con él? murmuré.

—Al principio, no. Quiere Manuel ir primero, tomar casa, conocer la poblacion y volver por mí.

Un suspiro involuntario se escapó de mi pecho, y dándole mil enborabuenas cambié la conversacion.

Los días que siguieron hasta el de mi partida, se pasaron en formar planes de felicidad futura: en vano yo arriesgué algunas observaciones respecto á lo distinto que es tener un sueldo corto en una villa á tenerle en Madrid, y lo poco que dá al corazón esta ciudad que todo lo guarda para los sentidos: á lo primero me respondian los padres que su fortuna entera era para sus hijos, y á lo segundo los dos jóvenes se miraban y sonreian.

¡Quién discute con el amor!

Al poco tiempo abandonaba yo la modesta villa y en el mismo coche la abandonaba Manuel que venia á Madrid por primera vez, y como era natural, la mente henchida de ilusiones.

Ambos fuimos despedidos con muestras de felicidad por aquella familia que no nos decía adios, sino: ¡hasta la vista!

II.

Visitábame Manuel casi todos los días al principio de nuestro regreso á Madrid, y en to-

(1) Zorrilla.

das sus visitas era objeto de nuestra conversacion la familia que iba á ser suya y el efecto mágico que la corte habia producido en su ánimo.

¡Faltábanle horas para divertirse y admirar!

Poco á poco sus visitas eran menos frecuentes y á las dulces reconvenciones que le dirigia mi amistad, oponia las ocupaciones de su vida nueva, y las diversiones que por todas partes le cercaban. Teatros, cafés, reuniones..... cuántos atractivos para el que ha pasado sus mejores años en una pacífica provincia!

—¿Y Rosalía? le preguntaba yo siempre.

—Me ha escrito, me respondia, y me mostraba las cartas de la jóven en que se quejaba de que el invierno adelantaba y ella no venia á Madrid.

—Creo que tiene razon, decia yo sonriendo.

—No la tiene: mi viaje me ha proporcionado gastos que necesito resarcir. ¡La vida en Madrid es muy cara!

—Veo que lleva V. con mas paciencia que ella la separacion.

—Me juzga V. mal: quiero á Rosalía con toda mi alma.....

—¿Lo mismo que cuando estaba V. á su lado?

—Lo mismo, exclamaba riendo. Si otras tonterías me distraen un momento, Rosalía es la elegida de mi corazón.

Este diálogo, sobre poco mas ó menos, sosteníamos siempre á nuestra vista. Ya llegó un dia en que yo le dilaté en estos términos:

—El invierno termina y Rosalía no ha venido.

—El verano si V. vá se la traerá consigo.

—¿De veras?

—De veras, aunque ahora estamos enfadados. ¡Cada dia es mas exigente! Se conoce que no ha salido nunca de un lugar.

—Mal la trata V. ¿No influye quizá en ese juicio la buena amistad que le une á V. con Julia de...?

Quedóse un poco cortado y reponiéndose, añadió:

—¡Es V. maliciosa! Esa señora, viuda, jóven, de un carácter franco y amable cual ninguno, me trata como á los otros que frecuentan todas las noches su casa..... y nada mas.

—Manuel, le quiero á V. porque quiero á Rosalía. Precípiteme V. su casamiento, exclamé.

—¡No me haga V. tan niño! Soy dueño de mi razon, y si me faltara ésta, vendré á pedir parecer..... á tan buen consejero.

III.

Esta entrevista cortó casi nuestra amable intimidad.

Manuel escaseó cada vez mas sus visitas, y estas eran ceremoniosas, manifestándose solo en ellas la ambicion que de su corazón se apoderaba. El jóven modesto que yo habia conocido, desapareció para dar lugar al jóven que no podia ir al teatro si no ocupaba una butaca, á menos que la amable Julia le hiciese lugar en su propio palco.

Rosalía me escribía cartas que quedaban sin respuesta ó la llevaban muy vaga.

¿Cómo decirle la verdad? ¿Cómo participarle el cambio que en Manuel se habia operado, por mas que ella le presintiera?

Llegó el verano, y ni yo fui á su lado, ni Rosalía vino al mio. Manuel, en cambio, no se apartaba del de Julia, que con su buen tono y su carácter frívolo necesitaba tener consigo una persona á quien dominar. ¡Quién mejor que aquel pobre jóven á quien sus maneras aristocráticas, su estudiada hermosura, su carácter inconsecuente, fascinaba!

¡Ah! Dios ciega los ojos de los que quieren perder! Manuel no ignoraba que en las redes en que él se veia preso, habian sucumbido otros muchos víctimas del oprobio y la miseria!

¿No era Julia rica, me direis? cierto, lo era, ¿pero qué muger frívola no tiene caprichos superiores á su fortuna? ¿Cuál de esas mugeres no compromete al hombre á quien distingue aunque no sea mas que por amor propio?

Recibir de él los dones que su fortuna permite, halaga poco su vanidad: recibir los que representan un esfuerzo ó un compromiso, esos son dones dignos de sus favores!

¿Qué menos que gastar cuanto tiene y comprometerse además puede hacer un jóven oscuro para ser digno de pasar por galan de una muger de moda?

No vino Rosalía á Madrid, pero al invierno siguiente vino su padre: al verle mi corazón se oprimió dolorosamente.

—¿Usted en Madrid? exclamé.

—Sí, me dijo tristemente aquel noble anciano. Rosalía se muere de ansiedad y era preciso acabar!

—¿Ha visto V. á Manuel?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Lo que dice un hombre que no piensa cumplir su palabra. Dá razones que no lo son, y amontona pretextos que le venden. Creia tener un hijo y le he perdido!

Apenas me ocurrió una frase de consuelo para aquel dolor profundo, nuestras manos se enlazaron en muda y elocuente despedida y volvió el anciano al lado de su familia.

A los pocos dias Manuel fue á verme; sus megillas estaban pálidas, su robustéz habia ido desapareciendo poco á poco y una tosecilla seca le agitaba de continuo.

Hablamos de la visita del que debió ser su padre; y se mostró resentido contra él y contra su hija que era la causa de aquella sorpresa, y ya no me ocultó el rompimiento que hacia tiempo existia de hecho.

Hablamos despues de su falta de salud: le aconsejé una vida mas tranquila y que no descuidase aquella tos que me dijo ser causa de un constipado.

Entonces su frente se contrajo y se escapó de sus labios involuntariamente la frase de que se veia muy solo y era desgraciado.

—Lo sé, le dije. Al matar la dicha de Rosalía ha muerto V. la suya propia! ¡Dios es justo!

Estas palabras no obtuvieron respuesta: inclinó la cabeza y permaneció largo rato pensativo.

IV.

Lo que vá á seguir es harto triste para que mi corazón, que aun llora al recordarlo, se detenga en narrar detalles.

Pasó tiempo, Manuel no venia y supe que una enfermedad grave le detenia en su lecho, Mandaba con frecuencia á saber de su salud y hasta fui por mi misma á informarme algunas veces.

Allí, á su cabecera, encontré alguna vez á Julia; pero no como la enfermera humilde y cristiana, sino como la gran señora que se digna conceder á un inferior algunas horas de sociedad. No encontré en aquella ocasion menos artístico su peinado, ni eché de menos un solo remate de su distinguido atavío.

Logró Manuel, no vencer la enfermedad, pero sí obtener de ella una breve tregua, y vacilante aun se hizo llevar en un coche hasta mi casa.

No habia visto nunca un cadáver animado y mi alma se estremeció al verle por primera vez! La muerte estaba pintada en el rostro de aquel jóven.

Hablamos de su situacion, iba á verme para hablar de ella, porque habia llegado el dia de necesitar un corazón amigo en quien desahogar sus penas, á quien comunicar sus amarguras.

¡Me refirió..... todo lo que yo sabia! La historia que habia seguido paso á paso.... Enu-

meró las artes que se habian puesto en juego contra él, las exigencias á que habia tenido que sucumbir, las humillaciones que se habia visto obligado á soportar de aquella muger que se juzgaba en todo superior á él y que sin duda creia que no le habia arrebatado el bienestar, la felicidad y la salud mas que para comprar el derecho de insultarle.

Aquel noble corazón lloró.... ¿Sabeis lo que es ver llorar á un hombre á quien habeis conocido jóven, rico y feliz, y le veis desdichado y casi sin vida?

Procuré animarle y le aconsejé se volviese al lado de Rosalía.

—¡La leccion ha sido dura! exclamé, pero aun está V. á tiempo de repararlo todo. Corte V. ese indigno lazo....

—Lo está: he arrojado á esa muger de mi presencia.

—Pues bien, vuelva V. á la ciudad que por tantos años le dió venturoso asilo.....

—¡Nunca! En este estado..... me moriria de vergüenza. Además, para un viaje se necesitan recursos....

—¿Será todo eso un pretexto, le dije, para quedarse aquí?

—¡No me ofenda V.! ¡Si volviera á cruzar mi palabra con la de Julia, mereceria que V. me despreciase! Sin embargo, si algun dia me necesita, me encontrará, pero verla..... ¡nunca!

—¡Ay! Manuel, murmuré, Julia le matará á usted.

Desde entonces se repitieron sus visitas y su estado era cada vez menos satisfactorio.

—¡Cuidese V.! le decia yo al oír aquella tosecilla seca.

—No crea V. que estoy tísico, me respondia; el pulmon está sano.

En efecto, su tisis era de la garganta.

Todavía antes de verle morir, Julia necesitó de él... y le encontró. Sus pocos recursos estaban siempre á disposicion de aquella muger que gastaba en lo supérfluo lo que otro necesitaba para lo necesario.

Un dia que contra mi costumbre no habia enviado á saber del estado de su salud, ya muy grave, recibí un recado de la casa de huéspedes en que vivia..... digo mal, en que habia muerto. ¡El ama de la casa me comunicaba tan triste noticia!

Al ir yo misma y preguntar quién habia estado á su lado, me dijeron:

—Nadie: ha muerto á deshora, y cuando entramos esta mañana, ya no existia.

¡Esta respuesta no produjo lágrimas en mis ojos, sino espanto en mi corazón!

Julia mandó á informarse de sus últimos momentos, porque un ataque nervioso le impedía ir en persona.

Sin duda hizo gran impresion en ella aquella muerte, porque su palco estuvo cerrado durante quince dias.

¡Ah! al presenciar esos dolores sin compensacion, esos sacrificios sin recompensa; al ver que unos vienen sobre la tierra á dar en ofrenda su ventura, á los que encuentran la suya en la agena, la mente se revela, se exaspera el sufrimiento, y dudaria el espíritu..... si una voz no viniera en pos de tamañas injusticias á murmurar dulcemente á nuestro oído:

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Quien esto dijo no colocó la balanza de la eterna justicia sobre la tierra.

En la primavera siguiente mi quebrantada salud necesitó volver á respirar los aires del Norte y escribí á Rosalía para que saliera á la estacion de su villa, donde el tren paraba veinte minutos.

Rosalía salió en efecto, y al verme se arrojó en mis brazos deshecha en llanto. Su traje era de riguroso luto. Le llevaba por su prometido y por su felicidad.



PARQUE CENTRAL EN NUEVA-YORK.

Nos separamos sin haber podido cambiar diez palabras, pero prometí quedarme unos días á su lado á mi regreso, lo que cumplí.

Entre los periódicos de la corte que á los pocos días llegaron á mis manos, encontré una reseña de las magníficas carreras de caballos verificadas como siempre en la Casa de campo, y entre las personas citadas por su lujoso tren y caprichoso traje, se citaba á Doña Julia de X, viuda del distinguido...

Al leer esto, el periódico cayó de mis manos, profunda amargura oprimió mi corazón, recordé á Rosalía, y comparando aquellos dos seres de alma tan distinta y tan distinta suerte, no pude menos de murmurar, encontrando en estas palabras del Divino Maestro, mi propio consuelo:

¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!

¿Qué sería de nosotros si al tropezar con la injusticia en la tierra no se refugiase el creyente corazón en la esperanza de la justicia del cielo?

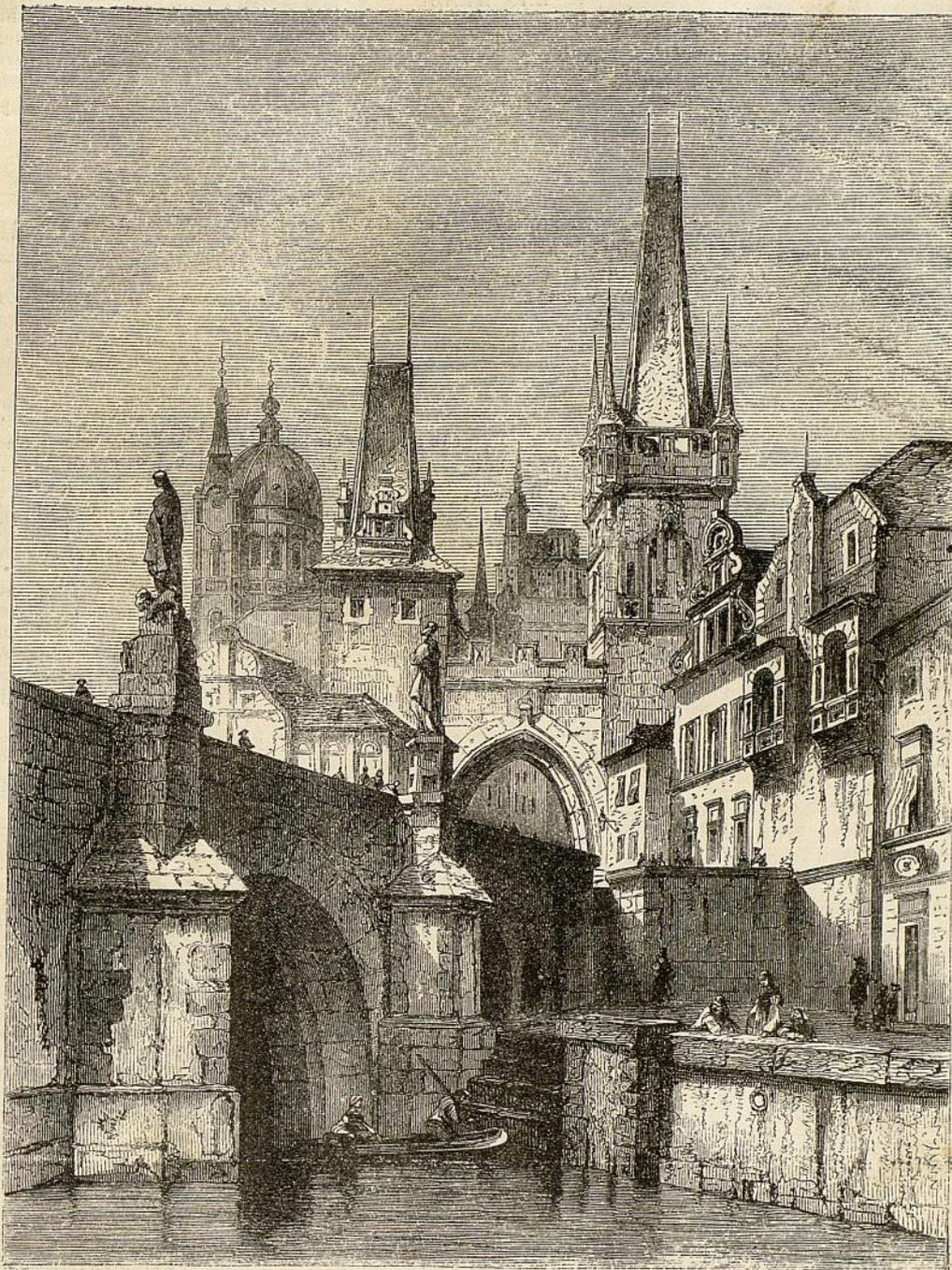
JOAQUINA G. BALMASEDA.

Octubre de 1865.

EL PARQUE CENTRAL EN NUEVA-YORK.

En Nueva-York no existía en otro tiempo mas que un paseo que se llamaba la *Batavia*, punto de reunión de la buena sociedad durante la semana y del pueblo los domingos. Allí era donde el severo cuáquero descansaba de sus místicos pensamientos bajo los olmos que hoy proyectan su sombra sobre los bancos solitarios, allí también miles de extranjeros acudían á recibir el bautismo republicano.

Pero Broad-Way ha atravesado Canal-street y se prolonga en el día hasta el nuevo parque, llamado Parque central. Este punto es hoy el paseo predilecto de todas las clases de la sociedad; elegantes factones, señoras en coche ó á caballo, hombres y mugeres del pueblo, jóvenes de ambos sexos, recorren sus alamedas atravesadas por arroyuelos, que cruzan bajo elegantes puentes contruidos sobre



PUENTE DEL REY, EN PRAGA.

antiguos peñascos testigos de la guerra de la Independencia. El Parque central es hoy en Nueva-York lo que el bosque de Boulogne en Paris.

PRAGA.

Casi en el centro de Bohemia y sobre ambas orillas de Moldau está situada Praga, su capital, á la que los bohemios dan el nombre de *Praha*. Es una ciudad grande, bien edificada, que cuenta 120,000 almas. Su hermoso puerto, su palacio real llamado el Bradschin, su catedral que ocupa la cumbre de una colina, la muchedumbre de palacios de la antigua nobleza, el viejo estilo arquitectónico de gran número de casas particulares, todo esto dá á la ciudad un aspecto antiguo y grandioso. Además de los monumentos que acabamos de nombrar, son notables también la casa consistorial, el palacio del arzobispo, la iglesia de la Cruz, la de Thein, en la que existe el mausoleo de Tico-Brahe; la de San Vital, la de San Salvador y la de San Nicolás. Los palacios de Wallenstein, de Schwarzenberg y de Czernim llaman la atención por sus proporciones y su arquitectura.

Praga encierra un crecidísimo número de establecimientos científicos, literarios y artísticos. Figura en primera línea su célebre universidad, el *Carolinum*, fundada en 1371 por el emperador Carlos IV. En su recinto fue donde Juan Hus y Gerónimo de Praga hicieron sus primeros sermones. A esta institución van anejos un Observatorio, ricas colecciones científicas y una biblioteca de 14,000 volúmenes. En seguida vienen la academia de ciencias, el instituto politecnico, la escuela de veterinaria, la sociedad del Museo nacional de Bohemia, la academia de pintura y el conservatorio de música. Esta ciudad se distingue también por su activa industria. Cuenta muchas fábricas de lienzos y de tejidos de algodón, tenerías, sombrerías y hornos de vidrio. La mayor parte del comercio del reino está concentrado en esta capital, en la que se celebran tres grandes fe-

rias cada año. Su comercio es por otra parte activado por su posición céntrica sobre un hermoso río navegable y sobre la importante línea de camino de hierro de Berlin á Viena por Dresde. Praga es una ciudad fortificada, pero tiene al rededor algunas alturas que la dominan.

Créese que Praga ocupa el sitio de la ciudad de los Marcomanos, llamada *Marobudum*, del nombre de su rey Marobod ó Maroboduo. Algunos autores la miran como la *Casurgis* de Tolomeo. Arruinada por la invasión de los bárbaros, los Slavos volvieron á edificarla en 611; en 723 adquirió alguna importancia, y hácia el siglo décimo quinto su población era tan considerable, que su universidad contaba siete mil estudiantes. Las persecuciones promovidas contra Juan Hus, que nació en las cercanías de esta ciudad, y la revuelta de los husitas, causaron la ruina de aquel establecimiento, que si después se ha realzado, lo debe á la munificencia de los reyes.

La lámina que publicamos en este número representa el puente del Rey, en Praga, y es copia de un cuadro excelente presentado en la exposición de Paris de 1861 por monsieur Stroobant.

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE LA SEÑORITA

DOÑA MERCEDES LABRAÑA,

EN NOMBRE DE SU HERMANA.

Palpite de placer enagenado
Tu tierno corazón, hermana mía,
Que de alcanzar el nombre suspirado
De *Esposa de Jesús*, luce ya el día.
Te alejas para siempre de mi lado
Y hondos ayes exhalo de agonía,
Nas siento en breve por la fe cristiana
En mis labios morir la queja insana.

¡Sí, que te llama Dios. ¡Dios! ¿Quién se atreve
A no escuchar el soberano acento
Del que los orbes poderoso mueve
En los anchos espacios con su aliento?
El, que dá impulso al átomo mas leve,
El, que inunda de luz el firmamento,
El es, Mercedes, quien tu pecho inflama
Y esposo tierno á su mansion te llama.

Llega: ¡ dichosa, tú, que la escogida
Eres del santo amor de los amores!
Llega, y tu frente se alzaré ceñida
Con la corona virginal de flores.
¡Oh, venturosa tú, que de la vida
Desdeñas los halagos seductores,
Y en la mansion de eterna bienandanza
Cifras solo tu dicha y tu esperanza!

«Ven, del Líbano ven, dueño adorado,
Cien veces esclamabas con anhelo;
»Ven, Cordero de Dios immaculado,
»Desciende de la cima del Carmelo;
»Entre tus castas vírgenes ¡oh amado!
»Cubre mi humilde frente con su velo,
»Y en aras de tu amor y tu clemencia
»Hostia pura consagra mi existencia.»

«Ven, á mi lado ven, yo quiero verte,
»Vivir quiero por tí, soñar contigo,
»Mi tierno corazón quiero ofrecerte,
»Y en la tierra serás mi solo amigo.
»Arbitro de mi vida y de mi muerte,
»Clara lumbrera que anhelante sigo,
»Deja que siempre con amor te mire,
»Deja que siempre por tu amor suspire.»

«Ven, á mi lado ven; cuando un momento
»Paréceme que encuentro tu mirada,
»Anímase mi triste pensamiento
»Y te bendice el alma enamorada.
»Sostenme con tu diestra, dame aliento,
»Jamás quede por tí desamparada;
»Plácidas flores á mi lado ofrece,
»¡Ay! que de amor mi pecho desfallece.»

«No te alejes de mí; tu acento tierno
»Ansio inquieta escuchar, santo amor mio,
»No te alejes de mí que será eterno
»Mi llanto si me hiere tu desvío.
»Tú eres sol puro en aterido invierno,
»Euro apacible en abrasado estío,
»Haz de mirra de esencia encantadora,
»Campo de Abril al despuntar la aurora.»

«Tú eres la dulce cristalina fuente
»Donde templá su sed, férvida el alma,
»Y en desierto arenal seco y ardiente
»La fresca sombra de la erguida palma.
»El Justiciero, el Hacedor clemente,
»El que benigno los pesares calma
»Es el que adoro con amor profundo:
»¿Quién su grandeza igualará en el mundo?»

«¡Oh! ¿cuándo te hallaré, rico tesoro,
»amante celestial que fiel venero?
»¿Cuándo podré decirte que te adoro
»Y desmayada por tu ausencia muero?
»Apresura, Señor, yo te lo imploro,
»El dulce instante que afanosa espero,
»En que pueda á tus pies enjenerada
»En holocausto presentar mi vida.»

Tal pronunciaste; y acogida grata
Tus ecos encontraron en la altura,
Y el Sér que tus potencias arrebató
Te ofreció su corona santa y pura.
¡Oh! llega... ven... tu corazón dilata,
Dispense tus sombras de amargura,
Que el sol eterno de la inmensa esfera
Tus sacros votos en el templo espera.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LAS ALAS.

No envidio tus fuertes alas,
Por mas que el vuelo remontes,
Aguila que audáz resbalas
Por las espléndidas salas
De los anchos horizontes.

Ni vuestras plumas ligeras
Tampoco tender anhelo,
Golondrinas pasajeras
Que ganais de un solo vuelo
Las africanas riberas.

El alto cielo y el mar
Cruzad á vuestro placer:
Celos no me habeis de dar,
Pues ni ansio mares surcar
Ni rayos del sol beber.

Paloma de vuelos suaves,
Solo á tí las alas pido,
Pues que en el valle florido
Desplegarlas no mas sabes
Para volar á tu nido!

TEODORO LLORENTE.

Á MI QUERIDO AMIGO

INDALECIO GONZALEZ DEL VALLE.

FLORES SECAS.

Romance.

I.

Cabe la orilla del Túrta
Que mansamente se mueve,
Crecían dos flores tristes
Entre murmurios alegres.
Ni el céfiro en la alborada,
Ni el nacer del sol riente,
Ni las brisas de la tarde
Que vagarosas las mecen;
Ni el suspirar amoroso
De la límpida corriente,
Que día y noche frescura
Placentera les ofrece,
Lograron jamás, que ellas,
Alegre su tallo irguiesen;
Son símbolo de tristeza,
Con su tristeza perene.

II.

En el ocaso una tarde
Rogadas por la corriente,
Así contaron su historia
Lanzando suspiros ténues.
«Nacimos entre alegrías
Y dulcísimos placeres,
Celsa la hermosa, cuidaba
De nuestra existencia estéril;
Amábanos como hermanas
La reina de los vergeles,
Y al amor de sus caricias
Crecíamos ¡ay! alegres....
Mas llegóse un día triste
Y al besarnos en la frente,
Rególas amargo llanto
De sus lágrimas ardientes;
Desde entonces ya no ha vuelto,
Y recordándola siempre
Consagramos á su ausencia
Nuestra tristeza perene.»

III.

Gimió dolorida el aura
Y murmuró la corriente
Y el céfiro turbado
Huyó por el prado verde.
Hallé las flores marchitas
A la alborada siguiente
Y secos sus ténues tallos
Sobre la tierra las frentes....
Y ¡pobres flores! las guardo
Como los recuerdos fieles,
Del amor que me inspirara
La reina de los vergeles.
La pureza de sus lágrimas
Las corolas aun trascienden,

Y aun el llanto de mis ojos
De nuevo las humedece.
¡Pobres! en sus hojas secas
Aun la amargura se lee
Y la memoria tristísima
De su tristeza perene.

27 Junio del 65.

RAFAEL ATARD.

LA CARIDAD.

Envuelta en nubes de gasa leve,
Manos de nacar, seno de nieve,
Cruza la tierra sér ideal,
Que solo espesa dulce ternura
Y su mirada vierte dulzura
De almo consuelo, paz celestial.

A su presencia se huye el quebranto,
Cesa en los ojos el triste llanto
Que antes vertiera dolor cruel;
Y al contemplarla cuando ella avanza
Nace en el pecho dulce esperanza
Y en los desiertos brota el clavel.

Dones reparte que oculta bella;
Pero su noble fúlgida estrella
Mas esplendente brilla entre mil:
Hija del alma, perla divina
Ante el orgullo su frente inclina
Y es del olimpo la flor gentil.

Con sus caricias, en su presencia
Vierte en el pecho de la inocencia
Lumbre mas viva que la del sol,
Y si á su vista se hincan de hinojos
Baja sus bellos, pálidos ojos
Y su semblante tiñe arrebol.

Del afligido es el consuelo
Manto del pobre, lumbre del cielo
Mas transparente que gasa y tul;
Y sus palacios y su riqueza
Son el auxilio de la pobreza
Cuando descende del claro azul.

Y cruza triste la estensa tierra
Y cuantos males su centro encierra
Ella los cura, sér de bondad;
Que su mirada vierte dulzura,
Solo reparte paz y ventura
Y tiene el nombre de Caridad.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

UN DRAMA EN ALTA MAR.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Continuacion.)

VI.

Rencor de tigre.

Lady N.... salió del comedor conteniendo
los sollozos y se dirigió á su camarote. Allí
la esperaba su doncella.

—Dejadme, quiero estar sola.

La doncella salió cerrando tras sí la puerta.
Lady N.... se dejó caer sobre una otomana
y rompió á llorar con el mayor desconsuelo.
El coronel Laubespierre no se equivocaba.
Leonor de Castro espiaba ya su vanidad, que
algun día la hizo prescindir del corazón.

Hay en la naturaleza de la muger transi-
ciones tan estrañas é inesplicables, que por mas
que se estudie moralmente á ese sér delicado
y bello, nunca se podrá conseguir su verda-
dero análisis, porque el resultado será siem-
pre darnos á la muger compuesta de senti-
mientos tan contrarios, que solo pueden tener
cabida en el corazón de séres tan enigmáticos
como lo son las hijas de Eva.

Hemos visto á lady N.... contestando con

algo mas que energía, con altivez, á las convenciones de su marido, que por desgracia amaba á su muger con el mismo frenesí que Lara habia amado á Leonor de Castro; y ahora la vemos abatida, deshecha en llanto, entregada á su amor y á su desesperacion. Nada extraño es eso, porque en la muger hablan siempre dos pasiones; una, la que se engendra en su corazon por medio de ese misterioso agente que unos llaman el destino, otros la fatalidad y muchos la Providencia; y la otra la que la sociedad le inculca, representada por el orgullo y la vanidad. Desgraciadamente para la muger, prevalecen casi siempre estas últimas que bien podemos llamar pasiones sociales, sobre las primeras que por constituir la parte afectiva de la criatura deben denominarse pasiones morales. Los sentimientos del alma son siempre postergados, las despreciables pasiones que debemos á la sociedad y que solo dan un momento de felicidad ocupan su puesto. Por eso si pudiéramos hacer la anatomía moral de los corazones y leer en ellos sus sentimientos como leemos en un libro, ¡cuántos y cuántos encontraríamos mártires de sí mismos! El corazon de lady N.... era uno de esos.

Despues de los primeros momentos en que solo habla la desesperacion, lady N.... se levantó, fue á un pequeño velador de mármol colocado junto á su cama, sobre el que habia un elegante *nececaire* de viage, lo abrió y de unos de sus secretos sacó un medallón que cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Arturo, Arturo! dijo hablando con la miniatura, yo te amo, yo te he amado siempre, tuyo ha sido mi corazon desde que te he conocido; te he ofendido, lo sé, y por eso me desprecias. ¡Ah! tú te has vengado ya de mí. Mira, he sufrido mucho, muchísimo, cuando te veía dedicado á otras mugeres, á las que ya sabia yo que no podias amar, pero ellas á ti sí, y ese amor me hacia mas daño que tu desprecio.... ¡Arturo, Arturo! nunca podré obtener tu perdon, nunca podré recobrar tu amor, tu amor por el que daría mi existencia toda! ¡Una hora nada mas de tu amor, y venga la muerte que la recibiré contenta. ¡Dios mio, Dios mio, qué desgraciada soy!... y lady N.... continuó llorando y besando el retrato.

La puerta se abrió bruscamente, lord N.... con furioso ademán apareció en su dintel.

—Bien, señora, bien, dijo entrando, continuais tributando el homenaje de adoracion acostumbrado á ese retrato.

—Caballero, dijo lady N.... ya perfectamente serena, creo que no os he mandado llamar.

—No importa, señora, yo he venido por mi propia voluntad y he venido para que me deis ese retrato.

—Delirais, milord.

—Quiero ese retrato, os digo.

—¿Para qué, milord?

—Os repito que quiero ese retrato, ¿lo oís?

—Tengo que recordaros, milord, que estais ya siendo demasiado grosero.

—Señora, basta de ironía y dadme el retrato.

—Nunca.

Lord N.... avanzó dos pasos en ademán de querer quitárselo, pero Leonor rápida como el pensamiento se lanzó hácia el velador, y del *nececaire* sacó un afilado puñal florentino con mango de oro cincelado y empavonada hoja.

—Venid por él, caballero, dijo lady N.... ya armada de puñal, venid y quitádmelo si os atreveis. ¿Creiais que las españolas eran como vuestras inglesas que se ponen á temblar cuando se las mira con amenazantes ojos? Ya veis como no. No os temo, porque tengo la muerte del que se acerque al alcance de mi mano en la hoja de este puñal. No os temo, porque vos sabeis demasiado que el veneno

que contiene, causa la muerte instantáneamente. Vos mismo me lo disteis para librarme del enjambre de seductores, que segun vuestra opinion me rodeaban en París, y ahora tengo que servirme de él para resguardarme de vuestra brutalidad.

—Leonor, dijo lord N.... sentándose, deponed vuestro enojo y oidme. Por centésima vez vengo á imploraros que me améis, Leonor; yo no quiero las fingidas caricias de la esposa, quiero su corazon por entero. Vos sabeis cuánto os amo, ¿por qué no me amais tambien?

—No puedo, Guillermo, creedme, os compadezco porque me amais, yo procuraré hacer vuestra vida lo mas feliz que pueda; pero no me pidais amor. Yo no puedo amar á nadie, mi corazon no me pertenecia cuando me casé con vos, creí poder disponer de él como de mi mano y me equivoqué; me hice desgraciada y vos infeliz. Os ofrecí guardar vuestro honor que en mí depositabais, y guardarlo sin mancha como me lo entregasteis, y de haberlo cumplido hasta el día apelo á vuestra justicia; creedme tambien, milord, el día que yo os faltase, no lo dudeis, no necesitariais averiguarlo, yo misma iria y os presentaria mi cabeza y os diria:—milord, he sido culpable, castigadme;—y vos podriais entonces maltratar á la adúltera, lo que ahora no podeis con la muger honrada. Más, ya no exijais de mí.

—¡Desgraciada! ¿qué habeis visto en ese hombre para que le améis á pesar de sus desprecios? ¿Sabeis que con eso aumentais mi odio, mi sed de su sangre? Y al cabo y al fin, milady, vos no podeis amar á un hombre al que se provoca y no se bate, ese hombre es un cobarde por mas que digais, y una muger de vuestro temple no puede amar á un cobarde.

—Os equivocais, milord, Lara no es cobarde.

—Cobarde ó no, yo le odio con toda mi alma, tengo sed de su sangre, deseo arrancarle el corazon y descenderé al rango de asesino para verle tendido á mis piés si no puedo conseguir que se bata conmigo. ¿Sabeis lo que yo hubiera hecho en su lugar el día que él se presentó á interrumpir nuestra comedia de esponsales? Pues hubiera asesinado al hombre que le concediais vuestra mano, le hubiera arrancado el corazon y palpitante aun os lo hubiera arrojado al rostro. Eso hubiese hecho yo á pesar de mi carácter británico.

—Pues Lara obró como debe obrar todo caballero. Con su desprecio, bien merecido por cierto, despertó mi corazon que estaba alestargado por las fascinadoras visiones que mi vanidad me presentaba. Lara me hizo comprender que solo se puede amar una vez en la vida.

—Bien, milady, no me lo repitais mas, no es menester que avieis el fuego del odio que abrasa mi corazon. Con mil vidas que tuviera no me pagaria el amor que le teneis. He de insultarle mas, y si á los insultos de palabra no hace caso, le abofetearé, y si no quiere batiros le daré una puñalada ó le dispararé un pistoletazo á boca de jarro. La vida de ese maldecido español es un obstáculo á mi tranquilidad.

—Callad, milord, que estais poniendo mas y mas en relieve vuestros despreciables sentimientos, y me presentais á Lara mas grande, mas noble á mis ojos. No necesitaréis hacer tanto para que Lara se bata con vos y os mate, y si por si acaso su nobleza os respetase por ser el esposo de Leonor, para evitarnos os mancheis con la infamia del asesino, entre vuestro puñal y el pecho de Lara se interpondrá el mio, y mi cuerpo solo servirá de blanco á vuestra pistola.

—¡Tanto le amais! rugió lord N....

—Muchísimo, tanto como os desprecio á vos que no podeis compararos en nada con él.

Lord N.... rugía como un tigre, sus ojos despedian fuego y sus manos crispadas des-

trozaban el damasco del almohadon de la otomana en que estaba sentado.

—Ahora mismo, ahora mismo se va á batir ó le asesino.

Y se lanzó fuera del camarote.

Lady N.... se acercó á la puerta y llamó á su doncella, ésta acudió.

—Betty, arregladme el pelo, voy á ir al salon de conciertos.

La camarera obedeció, y cinco minutos despues se dirigia lady N.... al salon de conciertos.

VII.

Dos almas que se comprenden.

En el salon de conciertos se hallaban el príncipe y su hija, el doctor Walter, el caballero Brunski y el coronel Rakowski.

Acababan de servir el café, y el príncipe preguntó por los dos coroneles.

—Padre mio, dijo Irma que preludiaba en el piano la pieza favorita de Arturo, voy á que Isabel lo averigüe.

El verdadero motivo que hacia salir á Irma era el poderlo ver por ella misma.

Media hora trascurrió, Irma no volvió, los coroneles no se habian presentado aun. Por fin entró la hermosa moscovita y fue en derechura á su padre á darle un beso.

—Niña mia, dijo el príncipe, tienes los ojos encarnados, ¿qué has llorado, Irma?

—No, padre mio, he estado leyendo en mi camarote. Irma se sonrojó; el mentir para ella era nuevo aun.

—Y sin duda te ha afectado lo que leias, dijo el príncipe, hasta hacerte derramar lágrimas. Doctor, dijo volviéndose á Walter, ved los ojos de mi hija, no sea cosa que ofrezcan cuidado.

El doctor Walter se llevó á Irma hácia la luz y la examinó los ojos.

—Callad, doctor, dijo Irma por lo bajo, he llorado un poco, no digais nada.

—No ofrecen cuidado, príncipe, es solo una pequeña irritacion de los párpados.

Irma se sentó al piano. En este momento entraron los dos coroneles.

—Hola, señores, dijo el príncipe con su amable franqueza, ¿cómo habeis tardado tanto?

—Nos entreteniamos respirando la brisa de la noche sobre cubierta, dijo Laubespierre.

—¿Y lady N...? preguntó el príncipe.

—Estará con su marido, dijo el caballero Brunski, porque le he visto entrar en el camarote de su muger.

—Señor de Lara, dijo Irma llamándole al piano, venid, tengo que reconveniros porque las notas de vuestra fantasia favorita no egercen ya en vos la atraccion que antes. ¿Pero qué teneis? ¡Dios mio, estais horrosamente pálido! ¡Ah! vos sufrís y á mí no me es dado consolaros, porque desde esta noche necesito tambien quien me consuele, tengo necesidad de llorar, y vuestras penas vienen á aumentar mis ansias.

Irma dejó caer su hermosa cabeza sobre la mano que tenia apoyada en el piano.

—¡Ay! Irma, me haceis muy feliz, sois vos la primera que me compadece, vos la primera que sufre con mis penas. ¡Ojalá mi corazon fuera virgen aun de todo sentimiento para poderoslo consagrar; pero un corazon que rebosa amargura, es una ofrenda muy pobre, mayormente cuando este corazon está insensible de tanto sufrir hace ya muchos años.

—No, Lara, no, he adivinado vuestros sufrimientos, y por endulzarlos haré lo que me pidais. Sé que las mugeres tienen ya poco valor para vos, pero tambien confio que á mí me concedereis no mérito, sino intencion, deseos de aliviaros de vuestras pesadumbres. Si vuestro corazon estuviese amargado como deis, no podriais sentir ya ni comprender los sentimientos de los demás, y yo os he visto conmoveros mas de una vez por cosas que á

mí también me han conmovido. Confesadlo ingenuamente, Lara, vuestro corazón no está lleno de amargura, está vacío nada más de otro sentimiento necesario para vivir, y esa misma carencia os hace sentir el hastío de la vida.

Irma, con ese talento natural de la mujer de corazón que á veces las eleva hasta lo sublime, adivinaba la verdadera situación del corazón de Arturo.

—Quizá lo adivináis, Irma, dijo Lara, en cuya alma empezaba á hacer efecto la hermosura y la convicción de su interlocutora, ¿pero aun siendo así es posible que yo recupere lo perdido?

—Posible es, respondió Irma, para el que tiene fe y un corazón como el vuestro.

Lara no contestó, se quedó pensativo. Irma recorrió sus dedos por el teclado.

—¿Se empieza ó no? preguntó el príncipe.

—Padre mío, dijo Irma, yo creía que querías hacer vuestra acostumbrada partida de wisth.

—No por cierto, yo no quiero jugar más con lord N..., es muy grosero.

Irma empezó á tocar. Las notas de Bethoven y de Rossini, interpretadas por su mano maestra, se convertían en esos mágicos ensueños que la música despierta en nuestro ser. Irma era una profesora que daba á las composiciones de los grandes maestros su verdadero colorido; oír la tocar y no remontarse á ese cielo que ningún poeta ha podido aun describir, era imposible.

Hay un lenguaje misterioso cien mil veces más elocuente que el de la palabra; es el lenguaje de los ojos, el lenguaje del alma. La de Irma irradiaba toda su belleza, todo su candor en sus lánguidas al par que expresivas miradas. Los ojos de Arturo, fijos en los de Irma, absorbían en el fluido de sus miradas toda la pasión, todo el sentimiento de la bella moscovita. Arturo era feliz. Nada hay más grande, nada hay más sublime que la fruición de dos almas que se comprenden, se aproximan, se unen, se identifican. Arturo era feliz, comprendía que Irma le amaba y sintió en su corazón la misma dulzura, la misma tranquilidad que cuando él creía en el amor de Leonor. Lo que no expresaba la música lo decían las lánguidas miradas de Irma.

—Niña, canta, dijo el príncipe. Acompañadla, coronel.

Arturo se sentó al piano. Estaba convulso como si estuviese en contacto con la pila de Volta.

Irma cantó con fresca y hermosa voz, aunque algo trémula, la romanza de Rossini *Mi langero tacendo*.

Al terminar, las lágrimas humedecían sus ojos. También Lara tuvo que esforzarse para que no asomaran las suyas.

—Me habeis acompañado muy bien, dijo Irma.

—Consiste en que mi corazón es ya vuestro, respondió Lara.

—Lo acepto con alegría, dijo la bella moscovita, porque así cuidaré por mí misma que no vuelva á enfermar.

—Irma, sois un ángel, y es imposible no amaros.

—Pues bien, amadme, porque el amor es mi vida.

—Y la mía es que me ameis vos como yo necesito que me amen.

Irma no contestó, pero apretó la mano de Lara que éste la había cojido.

Para él y para Irma empezaba una nueva existencia. Sus almas se habían comprendido.

VIII.

Otra provocación.

Lord N... se presentó en el salón. Estaba agitado y su aspecto era el de un furioso.

Al verle entrar, Amadeo de Laubespierre salió á su encuentro y le cogió por un brazo.

—Venid, caballero, lo que estais haciendo es indigno.

—Soldadme, gritó lord N....

—No, vive Dios, no os soltaré. Y procuró sacarle fuera.

—Coronel Lara, sois un cobarde, grito desde la puerta.

Lara se levantó; pero el príncipe, su hija, el doctor y el diplomático, le rodearon é impidieron salir. Rakowski había salido con Laubespierre sacando á empujones á lord N....

Lady N.... entró poco después.

—¿Queréis tener la bondad de decirme qué tiene vuestro marido? la preguntó el príncipe.

—Ignoro absolutamente lo que le ha dado, pero no es de extrañar porque no en valde se dice de los ingleses que son escéuticos, mi marido lo es en grado superlativo; ama y aborrece sin que se sepa por qué.

La conversación giró sobre otro asunto y bien pronto se hizo general, exceptuando Irma y Arturo que seguían la suya en español; el príncipe, el doctor, el caballero Brunski y lady N.... hicieron el gasto como se dice vulgarmente. Veamos lo que ocurría fuera.

IX.

Preliminares de un duelo.

Laubespierre, no sin gran trabajo, pudo conducir al furioso lord N... á la toldilla de popa. Rakowski les siguió.

—En vano pretendereis blasonar de noble y de caballero; el que con una conducta semejante pone en evidencia tan solo sus malos sentimientos no merece que un caballero cruce con él su espada.

—¿Que no se batirá el coronel Lara? dijo lord N... crispando los puños.

—Advertid que no he dicho que no se bata, solo que por vuestro indecoroso proceder debería despreciaros. Mas antes desearia tuvieseis la bondad de decirme la ofensa que os ha hecho mi amigo.

—No os importa el saberlo, contestó lord N... con tono brusco; resentimientos personales de alguna fecha, y por lo demás si queréis averiguarlo inquiridlo de vuestro amigo.

—Basta, caballero, basta, dijo Laubespierre ya cargado; lo que importa es superar las dificultades que se presentan para este duelo.

—Ninguna, dijo lord N... si eso son evasivos vuestros ó de vuestro amigo, no os ha de salvar. En este mismo sitio, por ejemplo, á las doce ó la una de la noche nadie nos interrumpirá.

—Muy bien, contestó Laubespierre. ¿Las armas?

—La espada, que se maneja con más facilidad y con menos estrépito.

—Convenido; falta solo que nombreis vuestros testigos.

—A vuestro gusto, caballero, eso me es indiferente.

—Y á mí.

—Pues lo serán el doctor y el caballero Brunski.

—Perfectamente. Hacedme el obsequio de absteneros de provocar más escenas como la de esta noche.

—Vuestro amigo necesitaba una provocación pública para batirse.

—Os equivocáis, y si el coronel Lara y aun yo mismo no os fuésemos en menos de lo que sois, ya se os hubiera dado una lección de cortesía.

—Cuidado, caballero, con lo que decís, que se os puede volver en contra vuestra.

—Me tiene sin cuidado.

—Zanjaremos esa cuestión otro día en la parte que os corresponde.

—Me tendreis á vuestras órdenes.

—Buenas noches, dijo lord N..., y se retiró.

El coronel Rakowski había presenciado el diálogo anterior sin tomar parte en él. Cuando lord N... se retiró, dijo:

—Querido colega, me parece que no debemos fiarnos de ese hombre, hay en su mirada un no sé qué, que previene en su contra. Yo os aconsejaria tomásemos precauciones. Estamos en un buque inglés, se puede decir en casa de lord N..., ó en sus dominios por lo menos, y estas son ventajas que no dejará de aprovechar en perjuicio de su contrario.

—Vuestra observación es muy acertada, coronel Rakowski, sois hombre muy previsora y admitiré vuestros consejos con el mayor gusto.

—Pues voy á someteros mi plan, y me direis qué os parece.

Y los dos coroneles se pusieron á hablar en voz muy baja.

Dejémoslos nosotros y vamos á dar un vistazo al salón en el que hemos dejado á todos los demás para seguir al iracundo lord N.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

SOLUCION AL GEROGLIFICO ANTERIOR.

Horacio es la antorcha luciente de la literatura latina.



IMPORTANTE.

Estando en prensa el *Almanaque ilustrado* que regalamos á nuestros suscritores perpétuos, advertimos á los que no lo sean que pueden tener opción á él abonando el importe de los meses que les faltan hasta el completo del año.

Los señores suscritores que se encuentran en descubierto de sus pagos, los harán efectivos antes de finalizar el presente mes si no quieren sufrir perjuicio en el recibo de los números y *Almanaque* que pueda corresponderles.

Redacción y Administración: Congregación, 1, 2.º izquierda.

Cesa del cargo de Administrador de EL MUSEO LITERARIO en la Habana D. Ramon de Cozár. Los suscritores pueden dirigir sus reclamaciones al Sr. D. Benito G. Tanago.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3